



**DE LA DEMOCRACIA POLÍTICA A LA  
DEMOCRACIA COMO FORMA DE VIDA:  
Algunas consecuencias educativas en el  
pensamiento de John Dewey**

Ruber Hernán García Franco

Prólogo de Diego Antonio Pineda Rivera







**De la democracia  
política a la democracia  
como forma de vida**  
Algunas consecuencias  
educativas a partir de  
John Dewey



De la democracia  
política a la democracia  
como forma de vida  
Algunas consecuencias  
educativas a partir de  
John Dewey

Ruber Hernán García Franco



García Franco, Ruber Hernán

De la democracia política a la democracia como forma de vida: Algunas consecuencias educativas a partir de John Dewey / Ruber Hernán García Franco, Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2017.

142 páginas.

Incluye referencias bibliográficas (páginas 139-142)

ISBN 978-958-631-979-9

1. Democracia 2. Democracia -- aspectos morales y éticos 3. Dewey, John, -- 1859-1952  
4. Filosofía de la democracia I. Universidad Santo Tomás (Colombia).

CDD 323

CO-BoUST



© Ruber Hernán García Franco

© Universidad Santo Tomás

Ediciones USTA Carrera 9 No.51-11

Edificio Luis J Torres sótano 1

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: (+571) 587 8797 ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://ediciones.usta.edu.co>

**Universidad Santo Tomás Sede Villavicencio**

**Unidad de Investigación San Alberto Magno**

Coordinador Unidad de Investigación: Miguel Antonio Prieto Osorio

Coordinador editorial: Sergio Andrés Salgado Pabón

Directora editorial: Matilde Salazar Ospina

Coordinadora de libros: Karen Grisales Velosa

Asistente editorial: Andrés Felipe Andrade

Corrección de estilo: Henry Colmenares Melgarejo

Diagramación: Emilio Simmonds

Diseño de carátula: Kilka Diseño Gráfico

Imagen en portada: Detalle de

“Poème de l’âme 13 - Rayons de soleil” (1854) de Louis Janmot

Hecho el depósito que establece la ley

ISBN: 978-958-631-979-9

e-ISBN: 978-958-631-980-5

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Impreso por: DigiPrint Editores S.A.S.

Primera impresión: 2017

*Todos los derechos reservados*

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización previa por escrito de los titulares.*

# Tabla de contenido

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	17
CONTEXTUALIZACIÓN DEL PENSAMIENTO DE JOHN DEWEY	23
Antecedentes culturales e intelectuales de la filosofía de John Dewey	24
Elementos preliminares para una consideración de la democracia	36
LA DEMOCRACIA EN LA FILOSOFÍA DE JOHN DEWEY	57
La preferencia por la democracia	58
De la reconstrucción del liberalismo a la reconstrucción de la democracia	61
Del origen del público a la formación de la democracia política	71
Hacia la Gran Comunidad o comunidad democrática	78
La comunicación y su relación con la ciencia social en la comunidad democrática	82
La radicalidad de la democracia	87
La fe en la naturaleza humana como fundamento de la democracia	89

La democracia como forma de vida	91
ALGUNAS CONSECUENCIAS DE ESTA NOCIÓN DE DEMOCRACIA PARA LA EDUCACIÓN	97
Relación entre la democracia y la educación	99
El problema de la construcción de los fines educativos en una democracia	102
La libertad educativa en el contexto de la democracia	106
De la libertad al control social	110
El control social o la autoridad colectiva en un contexto educativo	111
El desarrollo de la actitud científica en la cultura como tarea de la educación en la democracia	113
El desarrollo del pensamiento reflexivo en el contexto de la educación democrática	120
Hacia la configuración de la función del docente en la construcción de la democracia	123
CONCLUSIONES	129
REFERENCIAS	137

# Prólogo

**E**n la noche del 2 de octubre de 2016, después de haber escuchado el resultado que daba el triunfo al “no” en el plebiscito con el que se pretendía avalar el acuerdo por medio del cual se ponía fin a una guerra de más de cincuenta años entre el Estado colombiano y la guerrilla de las FARC-EP, fuimos muchos los colombianos que quedamos perplejos ante la imposibilidad de interpretar un resultado que nadie, ni los propios triunfadores, ni las encuestas mejor elaboradas, habían siquiera previsto. Como de costumbre, siempre que hay votaciones, fueron muchos los que salieron a decir que se trataba de un “triunfo de la democracia”. Para que la sorpresa fuera aún mayor, el propio gerente de la campaña triunfadora reveló solo dos días después que su estrategia había sido la de promover que la gente fuera a votar furiosa a través de la transmisión de mensajes evidentemente falsos por los medios de comunicación y las redes sociales. Me preguntaba entonces, y me sigo preguntando ahora, si el triunfo de la democracia puede ser por el uso de medios como la mentira y la manipulación de la opinión pública.

Es cierto, el 2 de octubre uno de los rituales por excelencia de la democracia política, en este caso el plebiscito, había funcionado con eficacia, nadie dijo que se tratara de un evento en el que se hubiera presentado fraude, las votaciones fueron limpias y pacíficas y, finalmente, una pequeña mayoría que dijo “no” se impuso sobre una gran minoría que dijo “sí” y, sobre todo, sobre una abstención incomprensible,

al tratarse de una ocasión histórica difícil de repetir. Lo paradójico de todo esto es que, durante los siguientes días, quienes votaron por el “sí”, muchos de los que no votaron y hasta hasta algunos que votaron “no”, salieron a las calles a exigir un acuerdo de paz que en lo esencial, con algunas diferencias que luego se concretarían, era el mismo que acababa de ser rechazado en las urnas.

En medio de la confusión en la que hemos vivido desde entonces, es inevitable plantearse ciertas preguntas: ¿No consiste la democracia en otra cosa más que en someterse dócilmente a las decisiones de la mayoría?, ¿deben quedar decisiones que son fundamentales para nuestra vida personal y social en manos de la voluntad de las mayorías, una voluntad en sí misma tan endeble, tan poco ilustrada y tan voluble?, ¿tenemos alguna garantía acaso de que la mayoría actúe siempre de forma recta y no movida por intereses particulares constituidos a través de un ejercicio manipulatorio?, y, en fin, ¿qué razones tenemos para creer que es mejor la decisión tomada por una mayoría?, ¿qué nos garantiza que es mejor lo que quiere un número mayor de personas que lo que quieren unos pocos?, ¿acaso algo es bueno simplemente porque lo desea un número mayor de personas?, y, sobre todo, ¿qué es propiamente la democracia?

Si formulo este tipo de preguntas es porque lo que nos dejaron planteado algunos de los más importantes acontecimientos del año 2016 (la decisión del pueblo británico de salirse de la Unión Europea, la decisión de los estadounidenses de elegir como presidente a un candidato que hizo una campaña política basada en agravios y exclusiones, y hasta el propio triunfo del “no” en nuestro plebiscito), es si los mecanismos que siempre hemos tenido como expresiones por excelencia de la democracia (las elecciones, los plebiscitos, etc.) pueden, cuando son usados para fines que no resultan democráticos, terminar por devaluarse y perder su sentido; y si, en último término, la democracia misma como forma de gobierno, y como modo de organización social, ha llegado a una crisis de la que ya no podrá reponerse.

Debo reafirmar una vez más, y en contra de todas las evidencias que parecerían hacerla impracticable, que la democracia, en cuanto se basa en la fe en las posibilidades siempre limitadas de los seres

humanos, es algo que debe prevalecer precisamente porque en su naturaleza misma está el estar sujeta a este tipo de vaivenes y fragilidades. Lo que hace a la democracia la mejor forma posible de conducir nuestras vidas es que ella es tan finita, imperfecta y vulnerable como lo somos los propios seres humanos. El filósofo estadounidense John Dewey (1859-1952), de cuyo pensamiento filosófico, político y educativo se ocupa el libro que ahora presento a los lectores, dedicó una parte importante de su larga vida a meditar sobre el significado de la democracia en medio de una situación a la vez esperanzadora (por las inmensas posibilidades que se habrían para el desarrollo humano en la Norteamérica industrial de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX) y difícil (por la multitud de intereses en conflicto de todo tipo, entre los que se incluyen nada menos que las dos guerras mundiales). De lo aportado por Dewey a la concepción de la democracia hay dos ideas centrales que no puedo dejar de comentar, puesto que constituyen los derroteros esenciales, casi diría que los primeros artículos, de todo credo democrático.

En primer lugar, está la idea de que *los fines democráticos no se pueden conseguir más que por medios democráticos*. Aunque una sociedad democrática no tiene, en sentido estricto, unos fines que puedan ser fijados de antemano (pues precisamente lo propio de una sociedad democrática es la capacidad de darse sus propios fines), hay al menos tres criterios esenciales que nos permiten decir que vivimos en una sociedad democrática: los de bien común, justicia y libertad individual. Una sociedad es democrática si, más allá de todo interés particular legítimo, hay un bien común que todos buscamos y que nos guía a la hora de resolver los conflictos de intereses; si está dispuesta a hacer prevalecer un sentido de justicia (que está por encima de todo poder y autoridad) en las acciones, juicios y modos de ser de sus integrantes; y, sobre todo, si es capaz de crear las condiciones en las que los individuos puedan desarrollarse libremente y buscar su felicidad. Es evidente que tales cosas no se pueden conseguir a través de medios basados en la fuerza física, el miedo, la intolerancia, la mentira, la manipulación de los sentimientos, etc. Sería contradictorio pretender lograr la paz y la justicia a través de la fuerza de las armas o la manipulación

de las conciencias individuales. Una sociedad es democrática solo si ha incorporado en sus hábitos cotidianos los medios propiamente democráticos: el diálogo, la discusión argumentada y razonable, los mecanismos de debate y concertación que permiten llegar a acuerdos que son aceptables por las partes y, en general, todos aquellos procedimientos basados en la reflexión personal, la investigación científica y la deliberación pública. Para decirlo de forma aun más radical, en una sociedad democrática no es el fin el que justifica los medios, sino que son los medios los que deben justificar el fin: la bondad de los fines perseguidos debe hacerse patente a través de la propia bondad de los medios empleados. De esta forma, la democracia es algo que se construye día a día a través del empleo de los medios democráticos en la vida cotidiana y, por tanto, algo que solo se hace sólido cuando se constituye en hábitos que configuran el carácter de los diversos individuos. En palabras de John Dewey:

Quando pienso en las condiciones bajo las cuales viven hoy tantos hombres y mujeres en muchos países extranjeros, bajo el terror del espionaje y corriendo un peligro latente por reunirse con sus amigos para tener una conversación amigable y por tener reuniones en privado, me siento inclinado a creer que el corazón y la garantía última de la democracia está en las reuniones libres entre vecinos en las esquinas de las calles para discutir y volver a examinar las noticias de cada día leídas en publicaciones sin censura y en las reuniones de amigos en las salas de sus casas y apartamentos para conversar libremente entre sí. La intolerancia, el abuso y las listas negras en que se registra a todos aquellos que tienen diferencias de opinión en cuestiones religiosas, políticas o económicas –o también a los que difieren por cuestiones de raza, color, riqueza o grado de cultura– son una traición al modo de vida democrático. Es así como todas aquellas cosas que ponen obstáculos a la libertad y al libre flujo de la comunicación levantan barreras que dividen a los seres humanos en grupos y camarillas, en sectas y facciones antagónicas, y, por tanto, van socavando poco a poco el modo de vida democrático. Las garantías meramente legales

de las libertades civiles (de la libertad de creencias, de expresión y reunión) son un pobre aval si en la vida cotidiana la libertad de comunicación y el intercambio de ideas, hechos y experiencias se ven trabados por la sospecha mutua, el abuso, el miedo y el odio. Estas cosas destruyen la condición esencial del modo de vida democrático incluso más efectivamente que la coerción abierta, la cual –como lo prueba el ejemplo de los Estados totalitarios– es efectiva solamente cuando tiene éxito en alimentar el odio, la sospecha y la intolerancia en las mentes de los seres humanos individuales.<sup>1</sup>

La segunda idea fundamental desarrollada por Dewey, que está ligada a la anterior y que en cierto sentido constituye su más profundo fundamento, es que *la democracia en su sentido más pleno es una forma de vida más que una forma de gobierno*. Ordinariamente asociamos el término “democracia” a la existencia de unos ciertos mecanismos e instituciones políticas tales como una Constitución Política, un Parlamento, un sistema de justicia, un sistema electoral, la existencia de un cierto conjunto de derechos, la llamada “regla de la mayoría” como criterio de decisión, etc. Todo ello es, sin duda, válido e importante, pues se trata de mecanismos que se han creado para evitar el despotismo y la injusticia; sin embargo, la mera existencia de tales mecanismos e instituciones resulta insuficiente, puesto que ellos solo tienen sentido cuando están al servicio del bien común, la justicia y la libertad individual de cada uno de los ciudadanos. La garantía de la democracia no está, entonces, tanto en la existencia formal de mecanismos e instituciones, sino en la formación de ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes, dispuestos a participar en las instituciones así como

---

1 Este pasaje está tomado del discurso que escribió John Dewey para celebrar sus ochenta años de vida, el 20 de octubre de 1939 (pocos meses después de que estallara la Segunda Guerra Mundial), y que lleva por título “Democracia creativa: la tarea que tenemos por delante”. Una traducción completa de este texto, y de varios más en donde Dewey reflexiona sobre el significado de la democracia, se puede encontrar en el libro *La democracia como forma de vida* (una selección de textos traducidos y presentados por mí) que publicará en breve la Editorial de la Pontificia Universidad Javeriana.

a atenerse a las normas aceptadas por todos, y capaces de reconocer y de enriquecerse con las diferencias de todo tipo que pueden percibir en los demás individuos. A menudo formas de gobierno formalmente democráticas imponen tales restricciones a los ideales democráticos que hacen imposible la democracia en la vida cotidiana, esa que, al decir de Dewey, solo se hace posible en las calles, en las casas, o en las reuniones de vecinos que comparten libremente sus opiniones e ideales.

Puesto que la democracia es una forma de vida más que una forma de gobierno, y dado que el hombre es un ser por siempre perfectible, el desarrollo de una forma de vida democrática tiene su núcleo esencial en aquella actividad en la que radica la perfectibilidad del género humano: la educación. Dewey fue precisamente el gran filósofo de la democracia y el gran filósofo de la educación del siglo xx, y ello porque entendió más que nadie, en una época llena de convulsiones de todo tipo, que la vida democrática solo se podía consolidar en la medida en que la empresa social por excelencia fuese la formación de las nuevas generaciones. En esto la historia le ha dado la razón: a ninguna empresa social se dedica hoy tanto esfuerzo y tanto presupuesto, y los países que se han comprometido seriamente en mejorar sus sistemas educativos no solo alcanzan mejores índices económicos, sino que encuentran caminos nuevos de desarrollo, incluso cuando, como en muchos países del sudeste asiático, este proviene de terribles guerras fratricidas.

El libro del profesor Ruber Hernán García sobre las consecuencias educativas de la democracia, entendida como forma de vida a partir de John Dewey, es un testimonio de que la fe en la democracia, y en la educación como su órgano maestro (según la bella expresión de Gabriel García Márquez), sigue viva, pues se sigue alimentando una y otra vez. Escribir un libro es dejar un testimonio a las nuevas generaciones, e incluso a la posteridad, de aquello en lo que uno cree; y este libro es eso: el testimonio de una vida que se ha dedicado y se seguirá dedicando a la educación de los niños y los jóvenes. En tal sentido, el profesor García nos invita a la lectura directa de los textos de John Dewey, que siempre serán inspiradores para todos aquellos que creemos en la posibilidad de una sociedad más humana, por ser más justa,

más razonable y más libre. Sobre el libro mismo, prefiero no decir mucho, pues es el propio lector quien debe elaborar su juicio. Solo diré, entonces, que recomiendo su lectura como una valiosa introducción a la filosofía de Dewey desde el punto de vista de su visión de la democracia y la educación, y que el libro seguramente logrará el efecto deseado: promover una mayor y mejor lectura de la obra de Dewey en nuestro medio.

Con sentimiento de aprecio y gratitud doy, pues, la bienvenida al libro y a su autor.

DIEGO ANTONIO PINEDA RIVERA  
Profesor titular  
Facultad de Filosofía  
Pontificia Universidad Javeriana



# Introducción

John Dewey ha sido la personalidad más representativa del pensamiento pedagógico norteamericano<sup>1</sup>; sin embargo, su compromiso social y político lo llevó a abordar diferentes problemas sociales y a pensar la democracia como una forma de vida más que como un modo de gobierno. La centralidad de la democracia en el pensamiento del filósofo mencionado es lo que lleva a la pregunta por las razones que tiene este autor para preferir los gobiernos democráticos a los no democráticos como contexto de su propuesta educativa.

Después de haber tenido varias aproximaciones a la obra de John Dewey a lo largo de diferentes seminarios impartidos por los profesores Diego Pineda y Martha Jeaneth Patiño en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, en los que se abordaron su perspectiva ética y sus ideas pedagógicas, el autor de la presente obra decidió profundizar en el pensamiento del mencionado filósofo, particularmente en lo que tiene que ver con sus ideas sociales y políticas. En la medida en que iba leyendo algunos de sus textos, se dio cuenta de la importancia que tiene la democracia en la totalidad de su pensamiento. Por este motivo, se propuso abordar la democracia y desarrollar algunas de las consecuencias educativas de esta propuesta filosófica.

---

1 Se usan las palabras “América” o “americano”, porque Dewey usa las palabras *América* y *american*, para nombrar una *Weltanschauung*, un patrón cultural o una *mentalité*; sin embargo, sabemos que puede considerarse como más correcto hablar de “Estados Unidos” o “estadounidenses”, ya que América es un continente y Norteamérica incluye a Canadá y México.

A quienes vivimos en una sociedad como la nuestra, en la que continuamente salen a relucir problemas sociales de toda índole, muchos de ellos relacionados con el conflicto armado, frecuentemente se nos plantean preguntas como estas: ¿Cómo se puede contribuir a la solución de este o aquel problema? ¿Cuáles son los medios más adecuados para lograrlo? Frente a estas preguntas se presenta la concepción que Dewey tiene acerca de la democracia, no solo como una entre otras formas factibles de vida social, sino también como la condición previa para la aplicación plena de la inteligencia a la solución de los problemas sociales. En este sentido, se pretende desarrollar algunos elementos que le permitan a todos los ciudadanos, visualizar caminos que puedan contribuir a la solución de tales problemas. Se habla de “todos los ciudadanos”, porque para Dewey el bienestar social y la solución de los problemas sociales solo puede construirse a través de la participación de todos aquellos que terminen beneficiados, por lo cual es necesaria la cooperación activa en la visualización de metas y la consecución de objetivos de parte de todos aquellos que están involucrados en los contextos sociales que se quieren transformar.

Todos los fundadores del pragmatismo estadounidense fueron permeados por los rasgos culturales de la sociedad estadounidense y los acontecimientos históricos que les correspondió vivir. Esta no fue la excepción en el caso de John Dewey, quien hoy es reconocido como uno de los más grandes intérpretes de la democracia. Uno de sus mayores aportes a la filosofía y al pensamiento político se origina en la forma como el filósofo de Burlington entiende la democracia. Esta no está desligada de su propuesta pedagógica, por el contrario, tiene una estrecha conexión con la educación, pues la democracia implica el esfuerzo deliberado para organizar la sociedad de modo que sus prácticas sociales contribuyan al progreso de todos sus miembros. Además, exige un programa distintivo para la formación de todos los ciudadanos que la constituyen, razón por la cual se preocupó por crear una escuela que preparase a los jóvenes para las estrictas responsabilidades intelectuales y morales que exige la ciudadanía.

Por otra parte, el complejo contexto económico y político que le tocó vivir hizo que interpretara la aparición de los regímenes totalitarios

y colectivistas como una respuesta al fracaso de las instituciones del liberalismo económico, en las cuales la democracia liberal aparecía como un mero formalismo procedimental ajeno a las dinámicas sociales del momento.

El aporte de Dewey a la filosofía política consiste en mostrar cómo la democracia no puede reducirse a los procesos electorales de la democracia política. Esta es la razón por la cual Richard Rorty (citado en Esteban, 1996, p. 18) señala que las instituciones sociales de la democracia estadounidense, lejos de ser un modelo definitivamente consolidado, son un experimento de cooperación social. Desde esta perspectiva, el presente libro tiene como objetivo describir de manera contextualizada y desde la perspectiva de John Dewey, por qué la democracia más allá de sus elementos políticos debe ser entendida como una forma de vida. Además, pretende establecer algunas consecuencias que esta manera de entender la democracia tiene para la educación. Para ello se utilizará el método hermenéutico, el cual no se limita a la interpretación del texto, sino que también tiene en cuenta el contexto. Por este motivo, en la primera parte del libro se presenta una contextualización del pensamiento de John Dewey, después de lo cual se realiza un análisis a diferentes textos de este filósofo en función del logro de los objetivos propuestos.

Conocer los rasgos más significativos de la democracia formulados por Dewey implica reconocer la influencia que tuvo sobre él, no solo el momento histórico y cultural que le correspondió vivir, sino también algunos pensadores que lo precedieron o que fueron sus contemporáneos. Además, supone identificar algunos conceptos básicos del pragmatismo. Por este motivo, en la primera parte del primer capítulo se abordarán de un modo general los principales elementos socioculturales que caracterizaron el contexto en el que Dewey creció y desarrolló su pensamiento y en el que la democracia se fue abriendo paso. También se expondrán los principales elementos que influyeron en el desarrollo de su experiencia vital y la gestación de su pensamiento, por lo que no pueden pasar desapercibidos autores como Huxley, Darwin y Hegel, quienes no solo le ayudaron a liberarse de los dualismos heredados de la cultura de Nueva Inglaterra, sino que también

le permitieron descubrir un mundo caracterizado por su continuidad y dinamismo. William James y Charles Peirce, por ser dos de los fundadores del pragmatismo que más influencia tuvieron en el desarrollo de las ideas filosóficas de John Dewey, también son mencionados en su momento; el primero, por ser uno de los representantes de la psicología de su tiempo y el segundo por ser el padre de esta corriente filosófica.

En la segunda parte del primer capítulo se desarrollan algunos de los presupuestos teóricos que son necesarios a la hora de abordar el concepto de la democracia. En este sentido, siguiendo la propuesta del autor, se muestra cómo, gracias a la revolución científica impulsada por Galileo y continuada por Darwin, se descubrió que el mundo se encuentra en continuo cambio y se disolvieron los dualismos pregonados por algunas corrientes de la filosofía tradicional. Luego se abordan los conceptos de experiencia y pensamiento y la forma como estos elementos se combinan en la investigación que se lleva a cabo en el contexto de la sociedad democrática.

En el segundo capítulo se describe la razón por la que Dewey prefiere el sistema democrático a los no democráticos, y gracias a la fuerte relación que existe entre este y el liberalismo, se expone el concepto de libertad y su relación con la autoridad y la igualdad y se desmonta la oposición que se plantea entre el individuo y la sociedad. Después de desarrollar estos elementos se está en condiciones de abordar la democracia. Se comienza entonces describiendo su génesis en la cual es necesaria la formación del público. Luego se consideran algunos de los elementos que entran en juego en este contexto, a saber: la comunicación y su relación con la ciencia social. Para terminar, además de describir en qué consiste la radicalidad de la democracia, se muestra por qué la fe en la naturaleza humana es el fundamento de toda comunidad democrática y por qué la democracia política debe sostenerse en la democracia entendida como una forma de vida.

Ahora bien, si se tiene en cuenta que la democracia debe ser continuamente construida por los ciudadanos que participan en ella, es necesario que estos se formen para poder participar adecuadamente de dicha tarea. En tal contexto, surge la pregunta por las características que se le deben imprimir a la escuela para que forme hombres

capaces de asumir las responsabilidades que les exige la ciudadanía democrática. En otras palabras, en el tercer capítulo se plantea la pregunta por las consecuencias que tiene para la educación el hecho de que esta se desarrolle en un contexto democrático. Con todo, teniendo en cuenta la multiplicidad de elementos educativos que entran en juego a la hora de responder a esta pregunta, el texto aborda el tema solo en algunas consecuencias. En primer lugar, se expone el problema sobre la construcción de los fines de la educación para la sociedad democrática. En segundo lugar, se retoma la oposición que se plantea en el antiguo liberalismo entre la autoridad y la libertad para desmontar la oposición que se propone, en algunas teorías de la educación, entre libertad y disciplina. Además, se puede ver cómo, si la solución de este dualismo se concreta en el desarrollo de una libertad social o de una autoridad colectiva, en el contexto educativo la solución de este conflicto se manifiesta en la forma como se desarrolla el control social en el salón de clase. Por otra parte, teniendo en cuenta que la democracia como forma de vida se sostiene con un conjunto de actitudes y hábitos que desarrollan los procedimientos científicos, se describe el papel que tiene la educación con respecto a la formación de estos hábitos por medio de la enseñanza de la ciencia y el desarrollo del pensamiento reflexivo. Por último, se tocan algunas de las características que debe tener el maestro al llevar a cabo su labor en un contexto democrático.

Con la realización de este trabajo será posible reconocer que, en últimas, Dewey aboga en la democracia por el desarrollo de un tipo de ética que esté “empapada” por los benéficos hábitos que desarrollan los procedimientos científicos, y que se expresan no solo en los diferentes elementos que entran en juego dentro del pensamiento reflexivo, sino también en la capacidad de comunicación y la libre expresión de las ideas.



# Contextualización del pensamiento de John Dewey

“La filosofía se rescata a sí misma cuando deja de ser un mecanismo para tratar los problemas de los filósofos y se convierte en un método puesto en práctica por los filósofos para tratar los problemas de los hombres”.

Dewey, *The need for a recovery of philosophy*, 1981, p. 95.<sup>1</sup>

Según Jorge Pérez de Tudela,<sup>2</sup> los diferentes rasgos de la vida y la obra de John Dewey hacen de este pragmatista norteamericano algo más que un filósofo, y de su obra algo más que una filosofía. Este “gigante de los pragmatistas” (Scheffer, 1974, p. 187) fue un *leader* social, que, en coherencia con sus propios postulados, se convirtió en resonador de las transformaciones políticas, sociales y científicas de su tiempo.

---

1 “Philosophy recovers itself when it ceases to be a device for dealing with the problems of philosophers and becomes a method, cultivated by philosophers, for dealing with the problems of men”. (Traducción del autor).

2 Profesor titular de filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid en 1990.

Dewey fue testigo privilegiado de las tensiones que se generaron en la sociedad estadounidense, porque pudo vivenciar una época particularmente compleja en la que la explosión de la sociedad estadounidense hizo estallar a la vez todas las potencialidades negativas causadas por la cultura heredera de los viejos dualismos (Pérez de Tudela, 1990, p. 160). Esta situación llevó a Dewey a realizar una reconstrucción de la filosofía, tarea que lo condujo a rediseñar muchos de los viejos conceptos difundidos por la tradición filosófica; y, en este sentido, fue, como ningún otro de los pragmatistas que lo precedieron, quien con mayor atención analizó los vínculos entre la democracia y la educación.

En el presente capítulo nos ocuparemos, en un primer momento, de describir el contexto y el desarrollo de su experiencia vital, por considerar que allí podemos encontrar muchas claves que dan razón del origen de los principales rasgos de su filosofía y, siguiendo esta dinámica, haremos una breve descripción de lo que Dewey entiende por pragmatismo. En la segunda parte haremos una breve descripción del origen de los dualismos y el efecto que tuvieron las revoluciones científicas sobre ellos, y desde este contexto abordaremos el concepto de la experiencia, describiremos la continuidad que esta tiene con el pensamiento y la forma como estos elementos se concretizan en el desarrollo de la experiencia reflexiva y de la investigación social.

## **Antecedentes culturales e intelectuales de la filosofía de John Dewey**

El pensamiento de John Dewey se desarrolló en una época caracterizada por cambios rápidos y fuertes que se dieron en la vida social, económica, política y cultural de los Estados Unidos. A Dewey le tocó vivir acontecimientos tan significativos como las dos guerras mundiales y la depresión del 29. Al igual que los otros fundadores del pragmatismo estadounidense tales como Charles S. Peirce, William James y George H. Mead, nació en un Estados Unidos de fronteras abiertas, fue testigo de la conquista y la transformación del Oeste, un amplio

territorio virgen en el que se usaron los recursos de la ciencia y la tecnología y en el que sus habitantes se vieron envueltos en el esfuerzo por establecer un “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” (Child, 1956, p. 13).

Por otra parte, a lo largo de sus 92 años de vida, y debido tanto a sus estudios filosóficos como al ejercicio de la docencia, pudo leer escritos de científicos y filósofos como Huxley, Hegel, James, Galileo y Darwin, entre otros. Todo esto le permitió realizar una reconstrucción de la filosofía en la que se deshicieron todos los dualismos y en la que la realidad no era vista como un sistema estático, sino como un proceso de cambios y transformaciones continuas, donde el hombre puede emplear la inteligencia para transformar las condiciones que moldean su propia experiencia y desplegar desde este contexto instituciones, principios y normas reguladoras.

No es difícil reconocer la influencia de diferentes factores culturales en el pragmatismo y, por lo tanto, en la filosofía de John Dewey, además de la influencia de los pensadores que lo precedieron. Con el fin de profundizar en estos temas, en la primera parte del presente capítulo se abordarán, sin pretender ser exhaustivos, algunos elementos que influyeron en el pensamiento deweyano; también se abordarán algunos hitos de su vida, destacando de manera particular la influencia que sobre él tuvieron algunos pensadores que lo precedieron. Por último, se hará una breve descripción del pragmatismo y la forma como Dewey entiende el concepto de verdad y su relación con el instrumentalismo.

### **Algunos elementos sociohistóricos que contribuyeron en la configuración del pensamiento pragmático**

La descripción de los diferentes elementos sociohistóricos que configuraron el contexto del pensamiento pragmático se ha hecho teniendo en cuenta que, en ese momento, Estados Unidos tenía abierta su extensa frontera del oeste con el fin de ser colonizada, y que los esfuerzos para

construir la democracia estaban a la orden del día. A continuación se describen diferentes aspectos sociohistóricos que tuvieron alguna influencia en el pensamiento pragmático.<sup>3</sup>

Uno de los elementos que influyeron en el pragmatismo, fue la experiencia de las fronteras abiertas del pueblo americano, en la que muchas veces el hecho de sobrevivir dependía de las capacidades de los hombres y las mujeres para sostenerse por sí mismos y emplear todos sus conocimientos y aptitudes. En este contexto, las ideas se convertían literalmente en instrumentos de adaptación que permitían seguir viviendo en la vida de frontera, la cual no se concebía como un acomodamiento pasivo a las condiciones dadas. El pueblo estadounidense trataba de establecer los cimientos de una nueva civilización, cuestión que solo era posible si se transformaba el medio circundante y se permitía de este modo el desarrollo de las posibilidades de la vida humana. Por este motivo, el control era una necesidad vital, y el conocimiento se valoraba como un medio eficaz que permitía extender ese poder de control.

Un segundo factor fue la movilidad de la vida social estadounidense. Esto se debió en parte a que el sistema feudal europeo, con su arraigado catálogo de funciones y clases sociales, jamás se consolidó en el nuevo continente de vastos recursos naturales y escasa población. La abundancia de tierra en la frontera occidental suscitó por más de doscientos años una continua marcha de los estadounidenses de frontera y un proceso de expansión y reconstrucción permanentes, por lo que el pueblo estadounidense se fue convenciendo de que “los gobiernos, las leyes y las instituciones sociales tenían, todos ellos, el carácter de medios humanos que habrían de ser juzgados según la forma en que sirvieran a las necesidades prácticas de la vida” (Child, 1956, pp. 16-17).

---

3 A continuación se seguirá la descripción que, de las fuentes culturales del pragmatismo, nos hacen John Childs en *Pragmatismo y educación* (1956, pp. 13-20), y Juan Carlos Geneyro en su libro *La democracia inquieta: E. Durkheim y J. Dewey* (1991, pp. 115-119).

Un tercer factor que se encuentra muy relacionado con los anteriores era la mirada de Estados Unidos.<sup>4</sup> Esta no apuntaba al pasado sino al futuro. La joven república no tenía un sistema de instituciones civiles y religiosas con valores y ritos consagrados por la tradición, y por este motivo los pragmatistas se hallaban decididos a explorar las consecuencias que iban brotando de los puntos de vista tradicionales y las cuestiones establecidas.

Un cuarto factor que influyó en la mirada pragmática fue la tendencia que tuvo el Estados Unidos pionero para juzgar las ideas y los seres humanos por lo que eran capaces de realizar en el contexto de los asuntos prácticos de la vida y no tanto por su ascendencia, hecho que fue favorecido por la ausencia de instituciones antiguas y de clases sociales definidas. “Cada familia tenía que luchar a brazo partido con unas condiciones de vida similares y lo que fuera capaz de realizar dentro del contexto de esas crudas y exigentes circunstancias era la prueba de la validez de sus ideas, sus acciones y hasta sus peculiares rasgos personales” (Child, 1956, pp. 17-18).

Pero, más importante que alguno de los elementos antes mencionados, fue la adopción por parte del pueblo estadounidense de la forma de vida democrática y su entusiasmo a la hora de utilizar los recursos de la ciencia y la tecnología con el fin de transformar las duras condiciones de su vida de frontera en una morada humana más agradable. En el pragmatismo, la democracia y la ciencia experimental definen los procedimientos que contribuyen a la liberación de la inteligencia humana, por lo que este movimiento filosófico sostiene que los valores de la democracia y los sistemas de investigación experimental se relacionan entre sí, ya que cada uno necesita del otro para un fructífero desarrollo.

---

4 En adelante se emplearán las palabras “Estados Unidos” y “estadounidense(s)” para traducir las palabras inglesas “America” y “american(s)”, respectivamente, excepto cuando se trate de citas textuales.

## Experiencia vital y gestación del pensamiento de John Dewey

Es fácil exagerar el papel de los estadounidenses como única fuente en la génesis del pensamiento pragmático; sin embargo, todos sus fundadores, a pesar de estar permeados por los elementos que la cultura estadounidense les proporcionaba para el desarrollo de sus ideas, discurrían con mentes educadas a través del pensamiento filosófico occidental. Este fue el caso de John Dewey (1859-1952) nacido en Burlington, en el estado de Vermont, en el seno de una familia de granjeros asentada en la región fronteriza con Canadá.

Dewey nació el mismo año en el que fue publicado *El origen de las especies* de Charles Darwin y dos años después de su nacimiento comenzó la Guerra de Secesión, hecho que aglutinó a la sociedad puritana de su tiempo. En este contexto, recibió una educación de supuesta raigambre kantiana que le inculcó un dualismo en el que se distinguía lo que una persona es y lo que un perfecto cristiano debe ser. El rechazo de esta tradición resultó crucial dentro del contexto de la reconstrucción que hizo de la tradición filosófica. Pero además de este dualismo, el joven Dewey recibió la influencia de los diferentes dualismos de la herencia cultural de Nueva Inglaterra, entre los que se encontraban la división entre lo social y lo natural, la sociedad y el individuo, el alma y el cuerpo, la vida superior del espíritu y la vida inferior de la carne, la nobleza de la teoría y la vileza de la práctica, y la naturaleza y Dios.

Dewey reconoce en la obra de Huxley, célebre naturalista e incondicional defensor de Darwin, la primera vía que encontró para superar estos dualismos. La obra de este naturalista le permitió encontrar un sentido de unidad interrelacionada e interdependencia que le dio forma a un conjunto de inquietudes intelectuales que antes había concebido de manera incipiente y que incluso lo llevó a desear una vida y un mundo que tenía las mismas propiedades de un organismo humano (Dewey, 1991, pp. 147-148).

Aunque el enfoque de Huxley influyó notablemente en su concepción orgánica de la sociedad, lo cierto es que fue Hegel quien le imprimió un giro casi definitivo, que más tarde revirtió críticamente sobre

las tesis evolucionistas de Huxley. En este sentido, nuestro autor desestimó la versión huxleyana del darwinismo por contener un dualismo que encontraba inaceptable, ya que el universo y el cosmos se entendían como un proceso de conflictos y luchas en las que el hombre y la naturaleza se hallaban inevitablemente enfrentados (Esteban, 1996, p. 21).

Dewey encontró en Hegel el sistema de ideas que le permitió ponerse a salvo de los dualismos, ya que halló en este conocido filósofo alemán un sistema coherente, unificador y verdaderamente capaz de restablecer la continuidad fracturada por las divisiones y oposiciones de la herencia cultural de Nueva Inglaterra. En este sentido nos dice: “Hubo (...) también razones ‘subjetivas’ para la atracción que el pensamiento de Hegel ejerció sobre mí; este satisfizo una demanda de unificación, que fue, indudablemente, un inmenso anhelo emocional” (Dewey, 1991, p. 153). En efecto, Hegel fue para Dewey un descubrimiento capital, ya que su filosofía le proporcionó una unificación intelectual que emocionalmente le fue muy provechosa. Al respecto dice nuestro filósofo:

La síntesis hegeliana de sujeto y objeto, materia y espíritu, lo divino y lo humano, no fue, sin embargo, una mera fórmula intelectual; operó como un inmenso desahogo, una liberación. El tratamiento hegeliano de la cultura humana, de las instituciones y las artes, incluía la disolución misma de rígidas paredes divisorias y tenía una especial atracción para mí. (Dewey, 1991, p. 153).

Hegel también le hizo ver que, siendo la realidad ante todo mente, no es la lógica ni la metafísica lo que proporciona el método de la filosofía, sino el estudio de la mente (Sleeper, 1985, p. 19). Esta fue, tal vez, una de las razones por la que su primer libro publicado en 1887 se tituló *Psychology*, y quizá por lo mismo, tuvo que acercarse a la incipiente psicología de su tiempo que tenía en William James a uno de sus representantes. También fue producto de este acercamiento la redacción del artículo “El concepto del arco reflejo en psicología”, publicado en el año de 1896. Dewey afirma acerca de la filosofía de James:

“este es un factor filosófico específico que entró en mi pensamiento para darle una nueva dirección y cualidad (...) obró cada vez más y más en todas mis ideas y actuó como un fermento para transformar viejas creencias” (Dewey, 1991, p. 157).

Otra influencia que fue decisiva en la formación del pensamiento de Dewey fue la revolución científica. Esta transformó por completo la antigua imagen del hombre y del mundo. Según nuestro autor, la revolución científica se produjo en dos tiempos, el primero de los cuales está marcado por la revolución galileana:

La obra de Galileo no representa un desarrollo, sino una revolución. Significó un cambio de lo cualitativo a lo cuantitativo o métrico; de lo heterogéneo a lo homogéneo; de las formas intrínsecas a las relaciones; de las armonías estéticas a las fórmulas matemáticas; del goce contemplativo a la manipulación activa y al control; del reposo al cambio; de los objetos eternos a las secuencias temporales. (Dewey, 1952, p. 82).

Sin embargo, la revolución de Galileo no logró desterrar en lo fundamental el esquema de los “dos mundos”. El golpe definitivo a esta concepción fue dado por la publicación de *El origen de las especies* de Darwin. Si la primera revolución científica había dejado intacta la vida y se había centrado en un universo “mecánico” y “físico”, permitiendo de esta manera la conciliación entre el mundo “superior” de los valores y los ideales del espíritu y de la política, y el mundo “inferior” de la actividad práctica; la hazaña de Darwin consistió en extender también a la biología, el método que se había mostrado tan eficaz para el tratamiento de los objetos inorgánicos. De esta manera, la revolución científica asaltó la última ciudadela en que se refugiaron los valores “eternos”, dentro de los cuales se encontraba el dualismo que pregonaba la discontinuidad entre el hombre y la naturaleza. De este modo, según Jorge Pérez de Tudela (1990, p. 186), Darwin restableció la continuidad entre el hombre y el mundo, universalizó el método científico y obligó a plantear con toda su crudeza la siguiente cuestión:

¿Qué queda del mundo heredado de valores morales, frente al predominio total de la metodología científica?

Para Dewey, frente a este desafío solamente cabe una actitud inteligente: aplicar a todas las investigaciones relacionadas con los temas humanos y, por consiguiente, con los temas morales,<sup>5</sup> el método que se aplicó a la naturaleza física, pues por este método los conocimientos que tenemos de ella han alcanzado la estatura actual. En otras palabras, Dewey cree que frente a este desafío debemos aceptar la universalización y el predominio total del método científico. Pero, para llevar a cabo este propósito, es necesario realizar una reconstrucción general y de fondo del concepto experiencia en su relación con los conceptos naturaleza y conocimiento, para superar de este modo los dualismos que establecen una división tajante entre el obrar y el conocer, y que han llevado a una separación completa entre la teoría y la práctica. Estos dualismos son reflejo de una organización económica preindustrial y de una sociedad política predemocrática que identificamos desde la antigüedad, en la que el trabajo “utilitario” era en su mayor parte realizado por esclavos, y por el que los hombres libres quedaban relevados del trabajo (Dewey, 1959, pp. 29-51).

## Del “pragmatismo” de Peirce al “instrumentalismo” de Dewey

La idea original del pragmatismo fue desarrollada inicialmente por Charles Peirce. En este sentido, aunque Dewey reconoce la paternidad de Peirce frente a esta corriente filosófica, también reconoce la influencia que Peirce tuvo de Kant. Al respecto Dewey nos dice:

El origen del pragmatismo se remonta a Charles Sanders Peirce (...). El término “pragmático”, contrario a la opinión de aquellos

---

5 Para Dewey “cualquier investigación que se quiera realizar en todo lo que es profunda y comprensivamente humano, cae por fuerza dentro del terreno específico de la moral”. (Pérez de Tudela, 1990, p. 49).

que consideran el pragmatismo como una concepción exclusivamente americana, le fue sugerido a él por el estudio de Kant. En la *Metafísica de las costumbres*, Kant estableció la distinción entre *pragmático* y *práctico*.<sup>6</sup> El último término se aplica a las leyes morales, que Kant considera como *a priori*, mientras que el primer término se aplica a las reglas del arte y la técnica, que se basan en la experiencia y son aplicables a la experiencia. Peirce, que fue un empirista, como él mismo lo dijo, con los hábitos mentales del laboratorio, se rehusó consecuentemente a llamar su sistema “practicalismo”, como le sugirieron algunos de sus amigos. Como lógico que era, estaba interesado en el arte y la técnica del pensamiento real, y especialmente interesado, hasta donde el método pragmático le concierne, en el arte de hacer conceptos claros, o de construir definiciones adecuadas y efectivas de acuerdo con el espíritu del método científico. (1998, p. 3).<sup>7</sup>

---

6 En diversas partes de sus obras utiliza Kant el término “pragmático”. En la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, al distinguir entre tres tipos de imperativos, llama a los primeros técnicos (pertenecientes al arte), a los terceros *morales* (pertenecientes a la conducta libre en general), y a los segundos propiamente *pragmáticos* (pertenecientes a la ventura o dicha). Allí mismo agrega la siguiente nota: “Parece que tal es la manera más exacta de determinar la función propia de la voz *pragmático*. Llámense, en efecto, *pragmáticas* las sanciones que no se originan propiamente del derecho de los Estados como leyes necesarias, sino de la *providencia* o cuidado de la felicidad universal. Una historia es pragmática cuando nos hace sagaces, esto es, enseña al mundo cómo podrá procurar su provecho mejor o, al menos, tan bien como los antecesores”. (Kant, 1964, p. 501). Además, una de sus últimas obras lleva por título *Antropología en sentido pragmático*. En el prólogo a esta obra, señala Kant que una antropología, una ciencia del conocimiento del hombre sistemáticamente desarrollada, puede hacerse en sentido fisiológico (investigando lo que la naturaleza ha hecho del hombre) o *en sentido pragmático*, investigando “lo que él mismo, como ser que obra libremente, hace, o puede y debe hacer, de sí mismo”.

7 (Dewey, 1998, p. 3). Esta cita es tomada textualmente de la traducción inédita que realizó el profesor Diego Pineda bajo el nombre “El desarrollo del pragmatismo americano” (p. 2). En adelante citaré el texto traducido.

James (1975), por su parte, se remonta más atrás para decirnos que el término pragmatismo viene de la palabra griega *pragma*, que quiere decir “acción”, y de ella se derivan palabras como “práctica” o “práctico” (p. 46), pero esto no significa que la acción se convierta para el pragmatismo en el fin de la vida. Al respecto Dewey nos dice:

Es verdad que la teoría, de acuerdo con la concepción de Peirce, implica esencialmente una cierta relación con la acción, con la conducta humana. Pero el papel de la acción es el de un intermediario. En orden a poder atribuir un significado a los conceptos uno debe ser capaz de aplicarlos a la existencia. Ahora bien, es por medio de la acción que esta aplicación se hace posible. Y la modificación de la existencia que resulta de esta aplicación constituye el verdadero significado de los conceptos. El pragmatismo, por lo tanto, está lejos de ser la glorificación de la acción por su propia causa, lo cual es considerado como la característica peculiar de la vida americana. (Dewey, *El desarrollo del pragmatismo americano*, s. f., p. 4).

Sin embargo, a pesar de ser Dewey heredero de las posturas filosóficas presentadas por Peirce y continuadas por James, su filosofía tuvo diferentes nombres. Aunque al principio utilizó el término “pragmático”, después prefirió términos menos polémicos, por lo que aceptó llamar a su sistema de ideas filosóficas “instrumentalismo”, “experimentalismo”, “naturalismo evolucionista” y “humanismo científico” (Childs, 1996, p. 13), esta es la razón por la que se vio en la necesidad de precisar, en muchas ocasiones, el término pragmático. En una de esas ocasiones recalca de manera enfática:

El término “pragmático” designa únicamente la regla que pide referir todo nuestro pensar, todas las consideraciones de tipo reflexivo, a *consecuencias* para su prueba y su significado definitivos. No se dice nada sobre la naturaleza de las consecuencias: pueden ser estéticas, morales, políticas o religiosas: lo que ustedes gusten.

Lo único que la teoría exige es que, de alguna manera, sean consecuencias del pensamiento; por supuesto, no por sí solas, sino en cuanto se actúa sobre ellas en unión con otras cosas. (Dewey, 1916, p. 330 citado en Kurtz, 1972, p. 190).

En el texto *El desarrollo del pragmatismo americano*, Dewey deja ver que él, como Peirce y James, encuentra una fuerte relación entre el pragmatismo y el significado de la verdad. En este sentido, cuenta cómo James extendió el uso del método pragmático al problema de la naturaleza de la verdad en el volumen de ensayos titulado *El significado de la verdad*. Si el método pragmático puede ser considerado un instrumento para determinar el significado de las palabras y la importancia vital de las creencias filosóficas a través de sus consecuencias futuras; y si James mostró, entre otras cosas, cómo la afirmación de ciertas creencias puede ser justificada por medio de la naturaleza de las consecuencias; entonces, ¿por qué no empujar el argumento hasta el punto de afirmar que el significado de la verdad en general es determinado por sus consecuencias? En este sentido, la verdad es mucho más que una cualidad de las proposiciones, y por esta razón la teoría clásica de la verdad en la que esta se describe como la correspondencia de la idea con la cosa, recibe una nueva interpretación. En este caso la verdad de una creencia o una proposición, así como de sus significaciones, ha de ser determinada por las consecuencias en la vida y la conducta humanas. En coherencia con lo anterior James dice: “la verdad de una idea no es una propiedad estancada inherente a ella. La verdad acontece a una idea. Llega a ser cierta, se hace cierta por los acontecimientos” (James, 1996, p. 32).

Para Dewey, si una noción o una teoría pretende corresponder a la realidad o a los hechos, la pretensión de esta noción o teoría solo se puede lograr haciéndola pasar por el dominio de la acción y anotando los resultados hacia los cuales esta noción o teoría conduce. “Si actuando sobre esta noción, somos llevados al hecho que ella implica o demanda, entonces esta noción es verdadera” (Dewey, *El desarrollo del pragmatismo americano*, s. f., p. 10); sin embargo, toda proposición concerniente a verdades es en último término hipotética y

provisional, aunque frecuentemente las hayamos encontrado sin falla. De este modo, la verdad absoluta en el pragmatismo es un ideal que no puede ser realizado “al menos hasta que todos los hechos hayan sido registrados, o como dice James, atrapados, y hasta que no nos sea posible hacer otras observaciones y otras experiencias” (p. 11). De este modo, si el empirismo se contenta con la repetición de hechos ya pasados donde no se deja lugar para concepciones o ideas generales que no sean consideradas como resúmenes o como registros, cuando tomamos el punto de vista pragmático, vemos que las ideas generales tienen un papel muy diferente y no se reducen a reportar o registrar experiencias pasadas, ya que estas se convierten en la base para organizar observaciones y experiencias futuras. En otras palabras, mientras para el empirismo la razón y el pensamiento general no tienen otro significado que el de resumir casos particulares en un mundo ya construido y determinado, en el pragmatismo las ideas racionales tienen consecuencias para la acción y, por este motivo, la razón tiene necesariamente una función constructiva. Sin embargo, las concepciones del razonamiento solo tienen un interés secundario en comparación con la realidad de los hechos, ya que ellas deben ser confrontadas con los hechos concretos.

Estas consideraciones llevan al instrumentalismo, definido por Dewey como “un intento por establecer una precisa teoría lógica de los conceptos, de los juicios e inferencias en sus variadas formas, considerando primeramente cómo funciona el pensamiento en las determinaciones experimentales de las consecuencias futuras” (p. 13). En este sentido, el instrumentalismo le asigna una función positiva al pensamiento, la cual consiste en reconstruir el estado presente de las cosas en lugar de solo conocerlas, y en el que las concepciones y teorías se consideran instrumentos que pueden servir para construir hechos futuros.

En este contexto, la lógica se considera como un instrumento, como un medio que permite hacer inteligente la acción que está implicada en la reconstrucción de una situación indeterminada o problemática. Esta acción inteligente presupone un proceso de pensamiento e investigación en el que se requiere una formulación proposicional, y estas proposiciones son en general instrumentos lógicos que nos permiten

llegar a un juicio final de interés existencial a través de juicios intermedios. De esta manera, el proceso total de juicio y raciocinio puede considerarse como un instrumento que forma parte de un conjunto de acciones inteligentes y que nos permiten reconstruir una situación que en un comienzo era indeterminada y que, gracias a esta reconstrucción, se ha convertido en una situación unificada y determinada en sus relaciones constituyentes. Así pues, si el pensamiento lógico es instrumental, su validez quedará demostrada por su éxito (Copleston, 1979, pp. 351-352).

En consonancia con lo anterior, Dewey rechaza las verdades *a priori* que se establecen antes de toda investigación y que luego se muestran como productos del proceso mismo de investigación. Estas deben mostrar, por el contrario, su validez, a través del éxito en el proceso mismo de una investigación. Por este motivo, Dewey no acepta como principios lógicos básicos las verdades trascendentales que están más allá del mundo empírico mudable y que hay que aprehender intuitivamente.

## Elementos preliminares para una consideración de la democracia

Una de las intenciones de John Dewey a lo largo de su extensa carrera consistió en favorecer la realización de la democracia en cada esfera de la vida. En este sentido, buscó la concepción de una democracia que abarcara la vida cotidiana de los hombres, posición que, por este motivo, marcó una clara diferencia con los filósofos que lo antecedieron.

Según Dewey (Robert, 2001, p. 799), la filosofía política anterior había dirigido su atención a preocupaciones tan estrictamente políticas como “el Estado” y las diferentes instituciones de gobierno. Sin embargo, el objetivo fundamental de Dewey consistió en desarrollar una filosofía de la democracia destinada a abarcar no solo las preocupaciones tradicionales de la política, sino también lo que, para él, era de mayor importancia: ofrecer una comprensión democrática de la ética, la educación, la lógica, la estética y de otros campos del pensamiento en el que él se interesó. De esta manera, cada elemento de su obra fue afectado por esta visión política.

Después de haber visto en la primera parte del presente capítulo los elementos que intervinieron en la formación del pragmatismo deweyano, y antes de desarrollar el concepto de democracia, se abordarán los principales elementos de su reconstrucción filosófica. Por este motivo se describirá en primer lugar, no solo el origen de los dualismos que caracterizan a algunos pensadores de las diferentes tradiciones filosóficas, sino también, cómo gracias a la revolución científica desarrollada a partir de Galileo y profundizada con los planteamientos de Darwin, se resolvió la separación que existía entre el mundo de los valores e ideales del espíritu y el mundo de la actividad práctica, dando como resultado el reconocimiento de un mundo que se encuentra en continuo cambio gracias al *factum* de la evolución.

Después de ver las implicaciones que esta concepción del mundo tiene para la filosofía, se reconstruirá el concepto de la experiencia, se describirá la continuidad que esta tiene con el pensamiento y la forma como estos elementos se concretizan en el desarrollo de la experiencia reflexiva y en el contexto de la investigación social.

## **Punto de partida. Necesidad de una reconstrucción de la filosofía**

La obra de Dewey titulada *El hombre y sus problemas* (1967a) expresa la raíz última y el motivo por el cual se hace filosofía. Para él, “la filosofía surge a partir de los problemas humanos, y (...) está ligada en intención a ellos” (Dewey, 1959, p. 33). Por este motivo también afirma:

La tarea característica, los problemas y la materia de la filosofía surgen de las presiones y reacciones que se originan en la vida de la comunidad misma en que surge una filosofía determinada y, por tal razón, los problemas específicos de la filosofía varían en consonancia con los cambios que se producen constantemente en la vida humana. (Dewey, 1959, pp. 25-26).

En su intento por construir una filosofía que estuviese a la altura de su tiempo y que fuese capaz de enfrentarse con los problemas del

hombre que le fue coetáneo, realizó, no una superación de la filosofía que lo precedió, sino una reconstrucción que le permitiera superar los dualismos en los que se apoyaban algunos filósofos que lo precedieron.

Para llevar a cabo esta tarea, a Dewey no le parece suficiente remontarse tan solo hasta los griegos. En su libro *La busca de la certeza: un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción* (1952), las raíces del dualismo las buscará más atrás, en el momento en que el hombre vivía en un mundo donde reinaba el azar y se veía obligado a buscar seguridades. Por este motivo, el hombre buscó dos caminos: en el primero trató de ganarse el favor de las potencias sobrenaturales que determinaban su destino, a través de la súplica, el sacrificio, el rito y el culto mágico; en el segundo, intentó “colocar a su disposición los poderes de la naturaleza” (p. 3) por medio de la acción. Le pareció entonces, que en la actividad práctica cabría decir: obra, pero a tu cuenta y riesgo, ya que en la acción no podrás obtener más que una probabilidad precaria; y que gracias al pensamiento, los peligros de la incertidumbre se podían apartar. Así, el hombre proyectó su afán de certeza a una esfera que consideró “sagrada”, cuestión que lo apartó radicalmente del mundo de lo práctico, lo cotidiano y lo asequible.

De esta manera se construyeron las bases de esta gran escisión entre lo inmutable y seguro, y lo mutable e incierto; entre un reino superior hacia el que se dirige la contemplación cognitiva a la que se dedicaban las clases no trabajadoras, y el reino de lo inferior al que se dirigía el trabajo del artesano. Por esta razón, el conjunto de información correspondiente a las artes cotidianas y que era producto de aquello que los hombres conocían gracias a lo que hacían, gozaba de un bajo aprecio frente al reino reservado a la religión y la filosofía. Los modos de conocer de los que se dedicaban a las artes empíricas eran diferentes de aquellos que se entretenían en los campos del ser superior: “La filosofía respiraba un aire más puro que aquel en que se desenvuelven los afanes de la vida diaria, lo mismo que las actividades que adoptaban la forma de ritos y ceremonias eran más nobles y más divinas que las aplicadas al trabajo” (p. 13). Este panorama produjo “el divorcio a que se ha llegado entre medios y fines (...), divorcio que

es correspondencia teórica de la tajante división entre hombres libres y esclavos, entre superiores e inferiores” (Dewey, 1959, p. 64).

La filosofía estaba convencida de poseer un órgano de conocimiento superior frente al conocimiento que ofrece la experiencia práctica cotidiana y al que posee la ciencia, y por este motivo, admitió que la función del conocimiento consiste en descubrir lo que es en sí y lo que antecede a lo real. De este modo su actividad de investigación científica excluyó cualquier elemento de actividad práctica que podía entrar en la construcción del objeto conocido y se construyó una teoría especulativa del conocimiento, en el que había un sujeto cognoscente como “espectador” de un “objeto de conocimiento” fijo, completo en sí mismo e independiente del acto de investigación (Dewey, 1952, pp. 20-21).<sup>8</sup>

De esta manera los filósofos entraron en falsos problemas tratando de unir el marco teórico cognitivo clásico con los descubrimientos realizados por la ciencia; es decir, tratando de conciliar un universo griego y cristiano en el que la certeza se identificaba con la fijeza, con las concepciones arrojadas por el desarrollo de una ciencia que alcanzaba la seguridad a través del conocimiento especulativo y la aproximación a lo práctico. Los pensadores modernos, caracterizados por la influencia que sobre ellos tuvo la ciencia moderna y por un renovado interés frente al gozo que los griegos profesaban a la naturaleza, perdieron su fe en la autoridad suprema de la revelación divina, colocando en su lugar la razón, pero al mismo tiempo se vieron influenciados por la tradición religiosa que tan profundamente estaba arraigada en la cultura, y en la que, más tarde, el lugar supremo que ocupaba el bien, siguió siendo una premisa común de católicos, protestantes y judíos. De este modo la filosofía moderna continuó su marcha ensanchando el abismo que ya existía en el pensamiento cristiano, entre los bienes naturales y los valores últimos y eternos.

---

8 Una descripción y crítica a esta visión especular del conocimiento se puede encontrar en: Dewey, *The Reflex Arc Concept in Psychology*, 1972.

Esta tensión que se formó a partir de la oposición, y a la vez, conexión necesaria, entre la naturaleza y el espíritu, “dio origen a todos los problemas que caracterizan la filosofía moderna (...). Como el hombre formaba por un lado parte de la naturaleza, y era por otro, un miembro del reino del espíritu, todos los problemas se centraron en su naturaleza dual” (Dewey, 1952, p. 47). Sin embargo, este dualismo fue trastocado por la revolución científica, la cual deshizo todos los presupuestos en que se apoyaba la antigua concepción.

Si por una parte, el pensamiento clásico era contemplativo y acogía al mundo tal como es, la ciencia moderna introduce cambios físicos externos mediante una “actividad dirigida, que varía las condiciones en las que se observan los objetos y que los dispone o arregla de manera diferente” (pp. 75-76). Si en el conocimiento clásico los objetos eran algo final, completo y acabado, en la ciencia moderna se trabaja con datos, los cuales son objeto de interpretación y puntos de partida para la reflexión; si el objeto del conocimiento clásico era inmutable, el objeto de la ciencia moderna consiste en descubrir las relaciones que se encuentran a lo largo de procesos cambiantes. En este sentido, el método de la investigación física “consiste en producir algún cambio con el fin de ver qué otros cambios se siguen; la correlación entre estos cambios, que se mide por la serie de operaciones, constituye el objeto deseado y definido del conocimiento” (p. 72). Por último, podemos decir que si en la tradición clásica, el universo era cerrado, limitado, de formas fijas, con fronteras exteriores bien delimitadas y tenía como equivalente social una ordenación desigual con un número limitado de clases en su sociedad, la ciencia moderna presenta un universo abierto, sin límites, indefinidamente variado, lo que se traduce en una sociedad democrática (Dewey, 1959, p. 120).

## **La revolución científica descubre un mundo dinámico**

Esta revolución intelectual que transformó por completo la imagen del mundo y del hombre se produjo, según Dewey, en dos tiempos: el primero se desarrolló con la revolución de Galileo, la cual, sin embargo,

no logró deshacer el tradicional esquema de los dos mundos. El segundo y definitivo golpe a esta concepción lo dio Darwin con la publicación de *El origen de las especies*. Esta revolución suscitó el derrumbe de la separación que existía entre un mundo superior constituido por valores e ideales del espíritu y un mundo inferior permeado por la actividad práctica, y también suscitó el derrumbe del dualismo que pregonaba la discontinuidad entre el hombre y la naturaleza (Pérez de Tudela, 1990, p. 186). La obra de Darwin marcó un hito en el desarrollo de las ciencias naturales y del pensamiento filosófico del momento, hasta el punto que la sola combinación de las palabras “origen” y “especie” que aparecen en el título de su obra, supone el más decidido ataque contra la concepción estática de las especies.<sup>9</sup>

De esta manera, con la teoría de la evolución, idea principal de la obra darwiniana e idea fundamental del pragmatismo del que Dewey participa, se da una radical reconstrucción del concepto de “especie” que contaba ya con una larga tradición en la historia de la filosofía, al mismo tiempo que se da un golpe contundente al argumento teleológico o del designio, a través del cual se supone que todo lo creado tiende a su perfección, pues así lo ha dispuesto un principio causal, inteligente y diseñador de todo.

La obra de Darwin representa, en este sentido, una transformación o ruptura frente a una naturaleza entendida como teleológica, armónica y sabia. Esta nueva concepción, lejos de entender la “especie” como aquello que a través de los continuos cambios conserva una constancia y orden determinados, y al “cambio” como una infección

---

9 El concepto *species* implica según Dewey, una forma estable y causa final como principios centrales del conocimiento y de la naturaleza en el que descansa desde Aristóteles la lógica de la ciencia; por lo tanto, “especie” es aquello que a través de los continuos cambios conserva una constancia y un orden determinados. En este contexto “El cambio como tal es un mero flujo y un error que ofende a la inteligencia” (Dewey, *La influencia del darwinismo en la filosofía*, 1986, p. 24). Sin embargo, como para Dewey el escenario que nos presenta la naturaleza tal y como la experimentamos es cambiante, el concepto *species* tal y como tradicionalmente se ha entendido, no satisface las condiciones de conocimiento.

que debería evadirse en el decurso de una indagación científica seria, asumía el concepto de “especie” en relación directa e inevitable con el de “cambio”, gracias al *factum* de la evolución, por el cual los organismos sufren cambios particulares por causa de su interacción con el medio ambiente (Dewey, 1986). De esta manera podemos reconocer una gran influencia de la obra de Darwin en el pensamiento de Dewey, al igual que en los demás fundadores del pragmatismo. Para Dewey, la teoría de la evolución significó el reconocimiento de un mundo cuyos rasgos característicos e irreductibles eran la incertidumbre, el cambio y la novedad, donde el universo se caracterizaba no solo por ser dinámico, sino también continuo. Del mismo modo, su conocimiento del resultado de las investigaciones en biología y psicología le permitieron concebir la conducta y la experiencia de manera unificada en la que están involucrados el organismo y las circunstancias, y al pensamiento “como una respuesta preliminar y premonitoria que es factible mediante el uso de símbolos y de lenguaje” (Child, 1956, p. 59). De esta manera, la mente fue vista, no como una sustancia psíquica o entidad especial, sino como una emergencia dentro de un curso ordinario de los acontecimientos en el contexto de un proceso evolutivo.

Para Dewey, la aceptación de la teoría de la evolución lleva consigo la aceptación del principio de continuidad que implica “no solo la continuidad de la mente con el orden biológico de la existencia, sino también la continuidad de las cosas vivas con el orden físico” (Child, 1956, p. 80). En este sentido Dewey nos dice:

Si se acepta el desarrollo biológico, el sujeto de experiencia es, cuando menos, un animal, continuador de otras formas orgánicas en un proceso de organización más compleja. Un animal, a su vez, es cuando menos continuador de procesos químico-físicos que en las cosas vivas están organizados en forma de constituir realmente las actividades vitales con todos sus rasgos definidores. (Dewey, *Creative intelligence*, 1917, p. 36 citado en Child, 1956, p. 80).

Sin embargo, esta completa aceptación de la continuidad de lo físico, lo orgánico y lo humano, no lleva a Dewey a ser un filósofo

materialista, pues, si la mente es una emergencia de un proceso evolutivo natural, esta misma dinámica lo conduce a rechazar el materialismo, que desde la dinámica propia de los antagonismos dualistas reducían todo al materialismo tradicional.

Según su punto de vista, el materialismo tradicional presenta muchos puntos débiles. Por una parte, tiende a considerar la materia como muerta e inerte, cuestión que es correlativa a la noción materialista clásica en la que se considera la vida y la mente como pertenecientes a un orden metafísico superior; y por otra, se basa en el dogma según el cual, los acontecimientos o existencias anteriores son más reales que los que se desarrollan después, pues todo lo que emerge posteriormente es mero efecto de las fuerzas originales, y como efecto, no puede tener otras propiedades o excelencias que las dadas en sus fuerzas causativas predecesoras (Child, 1956, p. 80).

## **Implicaciones de un mundo dinámico en la filosofía social**

Desde el ensayo titulado *La influencia del darwinismo en filosofía* (1986), Dewey delinea las consecuencias de su interpretación de la evolución para la filosofía social, distinguiéndola de esta manera de la filosofía política tradicional. Desde la perspectiva de nuestro autor, esta última se dedicó a una equivocada investigación de especies y esencias fijas en el contexto de un mundo fraccionado y cerrado, compuesto por un número limitado de formas fijas que corresponde a un tipo de sociedad desigual conformada por un número limitado de clases (Dewey, 1959, p. 120). En oposición a esta postura de algunas corrientes filosóficas y filósofos que lo precedieron, Dewey ofrece una interpretación evolucionista de la naturaleza humana, la cual presenta ilimitadas posibilidades de desarrollo. Desde esta perspectiva, el cambio se convierte en promesa de nuevas posibilidades de progreso y abre las puertas de un futuro mejor. Así, el cambio se asocia no con la caída y la decadencia, posición que le atribuyen a algunos pensadores de la filosofía tradicional, sino con el progreso (Robert, 2001, p. 805). Desde este punto de vista, los hombres y los grupos en los que

ellos se encuentran, se conciben en un intercambio libre de intereses y experiencias que son reconocidas mutuamente y que se traducen en una diversidad de estímulos y situaciones novedosas que incitan a pensar, y que a la vez se traducen en un cambio de hábitos sociales que caracterizan la forma de vida democrática (Dewey, 2004a, pp. 80-81).

Dewey también afirma que otra de las deficiencias de algunos pensadores y corrientes filosóficas que lo precedieron y que ha obstaculizado la perspectiva evolucionista de la sociedad, se explicita en la “postulación de una jerarquía rígida de fines fijos” (Robert, 2001, p. 805). Aunque reconoce que las normas éticas que coexisten al lado de aquellos fines fueron compatibles con una concepción estática de la naturaleza humana y la justicia social, dice también, que una interpretación evolucionista del hombre, exige que estos fines sean remplazados por una norma del bien humano que tenga en cuenta el cambio progresivo. A esta norma, Dewey la llama “desarrollo”.

En este contexto, el concepto de “desarrollo” humano es interpretado por Dewey como la realización progresiva de posibilidades humanas, producida por una compleja interacción entre el hábito y el impulso (Robert, 2001, pp. 805-806), “puesto que la dirección de la actividad innata depende de los hábitos adquiridos, y estos solo pueden ser modificados dando una nueva dirección a los impulsos” (Dewey, 1964, p. 122). De cualquier modo, ya que Dewey no concibe una naturaleza humana fija que determine el hábito o el impulso, el resultado de la interacción entre estos puede producir infinitas variaciones humanas que a su vez dan como resultado el desarrollo.

Aunque Dewey evita toda definición sustantiva de desarrollo, nos da algunas pistas para entender el desarrollo humano. Por ejemplo, nos dice que el desarrollo consiste en la realización de todo el potencial de un organismo, es decir, consiste en la liberación plena de sus capacidades latentes. Para Dewey, el gobierno y la escuela, además de todas las instituciones sociales, tienen un sentido, una finalidad: “Esta finalidad consiste en liberar y desarrollar las capacidades de los individuos humanos sin preocupaciones de raza, sexo, clase o situación económica (...), para que alcancen la plenitud de sus posibilidades” (Dewey, 1959, p. 252). Ahora bien, este desarrollo es el que se liberan

todas las capacidades humanas no tiene un proceso definido; sin embargo, siempre se da a lo largo del desarrollo de la experiencia y en el contexto de la experiencia (Luzuriaga, 1967, pp. 36-37).

El mundo dinámico que Dewey descubrió a partir de las revoluciones científicas, y particularmente a partir de los descubrimientos de Darwin, lo llevó a hacer una reconstrucción del concepto de experiencia, además de aceptar en toda su extensión el predominio del método científico.<sup>10</sup> A continuación abordaremos estos elementos en el contexto de su filosofía social y democrática.

## El concepto de experiencia

Abordar el concepto de experiencia en el contexto de la filosofía política deweyana es pertinente, porque este está a la base del método experimental, el cual, a su vez, se encuentra estrechamente relacionado con la democracia, y como veremos, nuestro autor privilegia el régimen democrático como contexto del sistema social. Al respecto Dewey dice que los regímenes democráticos se caracterizan por promover una mejor cualidad de la experiencia humana (Dewey, 1945, p. 33).

Una primera aproximación al concepto deweyano de la experiencia se puede hacer desde el concepto del arco reflejo, en el que nuestro autor critica la separación del estímulo sensorial, la actividad central y la respuesta motora, no como “divisiones de trabajo” dentro de una única totalidad, sino como entidades separadas y completas en sí mismas (Dewey, 2000, p. 100). James explica la teoría del arco reflejo describiendo los elementos a partir de una situación en la que un niño se quema la mano. En el ejemplo propuesto, James, describe de esta manera los acontecimientos: un estímulo (la sensación de la luz), provoca una respuesta (acercar la mano para cogerla), siendo a su vez la quemadura un estímulo que suscita la retirada de la mano; sin embargo, para Dewey (2000), esto no es otra cosa que proyectar sobre la experiencia nuestros propios prejuicios, originados en los dualismos

---

10 Un desarrollo amplio de estos elementos de la reconstrucción de la filosofía deweyana se encuentra a lo largo del libro *La reconstrucción de la filosofía*.

en los que se separan cuerpo y alma, sensación e idea. Siguiendo con el ejemplo, ver no es para Dewey un simple ver, es “ver-una-luz-que-significa-dolor-cuando-se-toca” (p. 101). En este sentido, para él no hay nada que sea extrínsecamente “estímulo” o intrínsecamente “respuesta”; solo hay acontecimientos que ejercen una u otra función en el seno de la unidad superior de un proceso que conforma una totalidad activa. En este sentido podemos decir que Dewey acentúa el carácter unificado, orgánico, globalizado y dinámico de la experiencia.

Comprender la naturaleza de la experiencia implica atender a sus aspectos tanto activos como pasivos, los cuales se presentan adecuadamente combinados. Por una parte, el lado activo de la experiencia implica el ensayo y la búsqueda de diferentes alternativas; por otra, el lado pasivo implica sufrir o padecer (Dewey, 2004a, p. 124). En este sentido, la conexión de estas dos fases de la experiencia manifiesta su fecundidad y valor, ya que la mera actividad no constituye la experiencia. Por esta razón, el hecho de que un niño acerque sus dedos a una llama, solo constituye una experiencia cuando este movimiento está unido con su respectiva consecuencia: el dolor.

Para el filósofo estadounidense, dos principios básicos constituyen y caracterizan la experiencia: continuidad e interacción (Dewey, 1945, pp. 31-55). El primer principio se deduce porque los diferentes elementos que están presentes en la situación experiencial, no permanecen aislados, sino que se relacionan formando una continuidad en el espacio y en el tiempo. El principio de continuidad hace que toda experiencia recoja algo de lo que ha pasado anteriormente y modifique la cualidad de la experiencia que viene después. También, por este principio, toda experiencia afecta positiva o negativamente las actitudes que servirán para decidir la cualidad de las experiencias posteriores, al establecer ciertas preferencias o aversiones y al hacer más fácil o más difícil actuar para con este o aquel fin.

El segundo principio en el que insiste Dewey, es el llamado principio de interacción. Dicho principio hace referencia a la necesaria interrelación existente entre todos los factores, tanto subjetivos como objetivos, que conforman una situación experiencial. La afirmación de que los individuos viven en un mundo, significa, en concreto, que

viven en una serie de situaciones. En este contexto, la palabra “en” no tiene el mismo sentido que pueden tener oraciones como: hay dinero “en” un bolsillo o, hay pintura “en” una lata; significa, más bien, que existe una interacción entre un individuo y unos objetos o personas. La experiencia siempre es lo que es, porque tiene lugar una transacción entre un individuo y lo que en el momento constituye su ambiente. Aquí se entiende por ambiente “cualquier condición que interactúa con las necesidades, propósitos y capacidades personales para crear la experiencia que se tiene” (Dewey, 1945, p. 47). Antes de continuar, es conveniente aclarar que el principio de interacción no se puede separar del principio de continuidad, pues son dos elementos que interactúan en el contexto de la experiencia. Dewey hace una descripción de la experiencia en muchos de sus textos; sin embargo, la descripción que presenta de este término se entiende mejor a la luz de la crítica que hace a la noción tradicional de experiencia, en la que separa a esta de la naturaleza. Una excelente síntesis de esta crítica nos la da John Dewey en el texto que escribió para *Creative Intelligence* y que denominó “The Need for a Recovery of Philosophy”, en el cual, se afirma lo siguiente:

- i. En la visión ortodoxa, la experiencia es considerada primariamente como un asunto de conocimiento. Pero, para los ojos de quienes no miran a través de antiguas gafas, ella aparece sin duda como un asunto de intercambio de un ser vivo con su entorno físico y social.
- ii. De acuerdo con la tradición, la experiencia es (al menos primariamente) una cosa física, completamente contagiada de “subjetividad”. Lo que la experiencia sugiere acerca de sí misma es un mundo genuinamente objetivo, el cual forma parte de las acciones y sufrimientos de los hombres y experimenta modificaciones a través de sus respuestas.
- iii. En la medida en que nada más allá del presente inmediato se reconoce por la doctrina establecida, cuenta exclusivamente el pasado. El registro de lo que ha sucedido, la referencia a lo precedente, se cree que es la esencia de la experiencia. El empirismo

se concibe como atado a lo que ha sido, o es “dado”. Pero la experiencia en su forma vital es experimental, un esfuerzo por cambiar lo dado; se caracteriza por la proyección, por adelantarse hacia lo desconocido; su rasgo preeminente es la conexión con un futuro.

- iv. La tradición empírica está comprometida con el particularismo. Se supone que las conexiones y continuidades son extrañas a la experiencia; son subproductos de dudosa validez. Una experiencia que es experimentar un medio ambiente y luchar por su control en nuevas direcciones, está preñada de conexiones.
- v. En la noción tradicional, experiencia y pensamiento son términos antitéticos. La inferencia, en la medida en que es algo distinto del revivir lo que ha sido dado en el pasado, va más allá de la experiencia; de aquí que sea o bien inválida o bien una medida de la desesperación por la cual, usando la experiencia como trampolín, saltamos a un mundo de cosas estables y otros “yoes”. Pero la experiencia, tomada como libre de las restricciones impuestas por el antiguo concepto, está repleta de inferencias. No hay, aparentemente, ninguna experiencia consciente sin inferencia. La reflexión es innata y constante. (Dewey, 1981, p. 61).<sup>11</sup>

---

11 Dewey, J. (1981, p. 61) (i) In the orthodox view, experience is regarded primarily as a knowledge-affair. But to eyes not looking through ancient spectacles, it assuredly appears as an affair of the intercourse of a living being with its physical and social environment. (ii) According to tradition experience is (at least primarily) a psychical thing, infected throughout by “subjectivity.” What experience suggests about itself is a genuinely objective world which enters into the actions and sufferings of men and undergoes modification through their responses. (iii) So far as anything beyond a bare present is recognized by the established doctrine, the past exclusively count. Registration of what has taken place, reference to precedent, is believed to be the essence of experience. Empiricism is conceived of as tied up to what has been, or is, “given.” But experience in its vital form is experimental, an effort to change the given; it is characterized by projection, by reaching forward into the unknown; connection with a future is its salient trait. (iv) The empirical tradition is committed to particularism. Connections and continuities are supposed to be foreign to experience, to be by-products of dubious validity. An experience

Hallamos aquí una buena síntesis del naturalismo empírico, realizada por el mismo Dewey, con el que pretende restaurar la continuidad entre la experiencia y la naturaleza. Si la experiencia, para desarrollarse, requiere de un intercambio entre un ser viviente y un medio físico y social, entonces no se puede describir como una acción mecánica, ya que las condiciones ofrecidas por el medio pueden variar, y por esto, también pueden variar las relaciones que el organismo tiene con el medio. En el mismo sentido, podemos describir la experiencia como una interacción o transacción entre condiciones ambientales y un organismo, el cual, en su identidad con una función vital contiene en una síntesis algo de cosa experimentada y algo de proceso de experimentación (Schilpp, 1990, p. 544, citado en Pérez de Tudela, 1990, p. 188). Ahora bien, el intercambio que supone la experiencia entre el ser viviente y el medio físico y social, supone una constante interacción entre la reflexión y la acción, ya que la experiencia es tanto objetiva como subjetiva, pues en ella interviene tanto la acción e interacción como la reflexión.

Si tenemos en cuenta el principio de continuidad de la experiencia, sabremos que para Dewey la experiencia es tanto retrospectiva como proyectiva; sin embargo, aunque sabemos que no podemos cambiar los acontecimientos del pasado, sí podemos utilizarlos para superar los conflictos actuales y anticipar de esta manera la calidad de futuras experiencias; sin embargo, esto sería imposible si la experiencia no estuviese permeada por el pensamiento. Por ello podemos decir que el pensamiento y la experiencia forman una unidad en la que estos dos elementos no son contrarios ni excluyentes.

---

that is an undergoing of an environment and a striving for its control in new direction is pregnant with connections. (v) In the traditional notion experience and thought are antithetical terms. Inference, so far as it is other than a revival of what has been given in the past, goes beyond experience; hence it is either invalid, or else a measure of desperation by which, using experience as a springboard, we jump out to a world of stable things and other selves. But experience, taken free of the restrictions imposed by the older concept, is full of inference. There is, apparently, no conscious experience without inference; reflection is native and constant. (Traducción del autor).

## La experiencia y el pensamiento

El pensamiento o la reflexión es “el discernimiento de la relación que existe entre lo que tratamos de hacer y lo que ocurre como consecuencia” (Dewey, 2004a, p. 128); en otras palabras, pensar es “el esfuerzo intencional para descubrir conexiones específicas entre algo que nosotros hacemos y las consecuencias que resultan” (p. 129). Ahora bien, el pensar ocurre cuando las cosas son inciertas, dudosas o problemáticas; entonces se piensa para alcanzar una posible conclusión o proyectar una posible terminación de lo que ya está dado. En este sentido, pensar también “es un proceso de indagación, de observar las cosas, de investigación” (p. 131).

Según Dewey, para que exista una experiencia con sentido es necesario el pensamiento, y por esta razón diferencia dos tipos de experiencia, teniendo como criterio la cualidad de la reflexión que está presente en ella. El primer tipo se distingue por el método de “ensayo y error”, el cual consiste en hacer una y otra vez ensayos hasta llegar a algo que funciona, después de cual adoptamos este método como una regla para el procedimiento siguiente. El segundo tipo de experiencia consiste en hacer un análisis hasta hallar aquello que liga la causa y el efecto, la actividad y la consecuencia, lo cual termina ampliando nuestra visión y haciendo que nuestra previsión sea más exacta y comprensiva. Para Dewey, la acción que se apoya en el simple método de ensayo y error se encuentra a merced de las circunstancias, las cuales pueden cambiar haciendo que el acto realizado no opere del modo como se esperaba; con todo, si llegamos a conocer los pormenores de aquello de lo cual depende el resultado, lograremos ver si existen o no las condiciones que se necesitan, de manera que si entendemos cuáles son las condiciones que producen determinado efecto, podemos trabajar por obtenerlos o evitarlos, según sea el caso. En este sentido, Dewey dice que la diferencia entre el primero y el segundo tipo de experiencia es tan significativa, que cataloga al segundo tipo de experiencia como una experiencia reflexiva (p. 129). Al describir la experiencia desde la perspectiva de este filósofo, Diego Pineda afirma:

No se trata de la experiencia trascendente o meramente espiritual. Se trata de la experiencia de la vida diaria en tanto esta se torna reflexiva. Se trata de la experiencia del trabajo compartido, de la experiencia de la deliberación pública que es posible en una comunidad de conversación, diálogo y permanente comunicación en donde los conflictos pueden resolverse por medios inteligentes y pacíficos; y se trata también, por supuesto, de la experiencia de la construcción de una comunidad fundada en el ejercicio de la permanente investigación. (2012, p. 313).

## De la experiencia reflexiva a la investigación en la sociedad democrática

Dewey resume los rasgos generales de la experiencia reflexiva en cinco puntos: en primer lugar habla de la confusión o duda, lo cual se da porque estamos envueltos en una situación incompleta cuyo carácter pleno todavía no está determinado; en segundo lugar, una tentativa de interpretación de los elementos dados, atribuyéndoles una tendencia a producir determinadas consecuencias; en tercer lugar, una revisión cuidadosa que requiere un examen, inspección, exploración o análisis de todas las consideraciones que permitan definir o aclarar el problema que se tiene entre manos, lo que implica buscar la forma de ordenar y conectar los elementos con los que está interactuando y con los que conoce en otras situaciones; en cuarto lugar, la elaboración cuidadosa de una hipótesis; y en quinto lugar, proyectando la hipótesis realizada, crear un plan de acción para cambiar el estado actual de las cosas, haciendo algo para producir el resultado anticipado y comprobando de esta manera la hipótesis. Según Dewey, las etapas tercera y cuarta son las que distinguen la experiencia reflexiva de aquella experiencia que se realiza en el simple plano de ensayo y error (p. 133).<sup>12</sup>

---

12 La anterior descripción de la experiencia reflexiva corresponde a la descripción que Dewey hace del método de la ciencia experimental o el método de una investigación, y también coincide con las fases o aspectos del pensamiento reflexivo (Dewey, 1989, pp. 102-110).

Ahora bien, si caemos en la cuenta de que en la filosofía deweyana los elementos que entran en juego dentro de la experiencia reflexiva también corresponden a los procesos que se desarrollan en la dinámica de investigación,<sup>13</sup> podemos preguntarnos: ¿Qué papel cumple la ciencia experimental o investigación en el contexto social? Para Dewey, el corazón de la filosofía social consiste en sustituir los modos tradicionales de autoridad social por la autoridad del método científico. Los conflictos sociales pueden solucionarse haciendo mención a un dogma sagrado, apelando a la tradición o a la ley establecida, o mediante el uso de la fuerza u otras formas de coerción; pero para Dewey, el método científico es la fuente más fiable de autoridad a la hora de resolver los conflictos sociales (Hook, 2000, p. 112).

La naturaleza del método científico en el contexto social permite a todos los individuos, independientemente de su raza, nacionalidad o credo, una completa libertad de investigación. En este sentido, para Dewey, la autoridad de la ciencia se basa en una actividad colectiva cooperativamente organizada, en la que el método se ha caracterizado por ser público y abierto. Así, cada investigador científico depende de métodos y conclusiones que son una posesión común aunque inicialmente hayan sido producto de una propiedad privada.

A pesar de los obstáculos para la extensión del método científico como fuente de autoridad social,<sup>14</sup> Dewey considera que solo en una

---

13 Para Dewey “la investigación es la transformación controlada o dirigida de una situación indeterminada en otra, que es tan determinada en sus distinciones y relaciones constitutivas, que convierte los elementos de la situación original en un todo unificado” (Dewey, 1950, p. 123). En la misma obra y a renglón seguido, Dewey aclara cómo debe entenderse esta definición.

14 Sydney Hook menciona tres elementos que obstaculizan el amplio uso de la inteligencia social y por lo tanto, del método experimental en el contexto social. 1) La existencia de instituciones políticas que concentran el poder en manos de unos pocos, pues en una sociedad en la que un grupo, una clase, un partido o una iglesia, tienen el monopolio del poder político, no puede darse una libertad de investigación social y una amplia distribución de los resultados de investigación. 2) La concentración de poderes desproporcionados de orden económico que tienen unos hombres sobre los otros, mediante el control de los medios materiales de los que viven. 3) La existencia de intereses en conflicto,

sociedad verdaderamente democrática, es posible el uso más amplio de la inteligencia organizada; sin embargo, es sumamente cuidadoso para no sugerir que la ciencia solo puede desarrollarse en sociedades democráticas tal y como están constituidas, o que en sociedades no democráticas no pueden llevarse a cabo descubrimientos científicos. “Lo que Dewey quiere decir es que el temperamento científico hacia cuestiones de política social y no solo hacia cuestiones de control físico, exige una sociedad democrática para su completa realización” (p. 114). En este sentido, un experimento social sometido a control científico en el contexto de una democracia, es aquel en el que aquellos afectados para bien o para mal, no solo eligen el fin de su investigación a partir de un consenso democrático, después de una deliberación libre y pública, sino que también participan de sus resultados y de su evaluación. Por este motivo, la investigación en el contexto democrático ha de hacerse, comúnmente, sobre asuntos que interesan al público y sobre asuntos que estén en el contexto de las preocupaciones y los sucesos contemporáneos, y debe estar libre de métodos fijos y esquemas prefabricados y dados de antemano, de tal manera que la investigación no se convierta en un simple debate de conceptos y de la forma como estos se relacionan (Dewey, 2004b, p. 165).

Dewey propone que consideremos toda política social como un plan o hipótesis que debe ser sometido a prueba por medio de las consecuencias observables que se relacionan con el problema que hemos planeado resolver. En este sentido, la lógica de la experimentación social implica las siguientes condiciones:

En primer lugar, que los conceptos, los principios generales, las teorías y los desarrollos dialécticos que son indispensables para cualquier conocimiento sistemático, se configuren y se comprueben como herramientas de investigación. En segundo lugar, que las políticas y las propuestas de acción social se traten como

---

que excluyen cualquier posibilidad de inteligencia organizada o método experimental como fuente de autoridad social (Hook, 2000, pp. 113-118).

hipótesis de trabajo, no como programas que deban seguirse y ejecutarse de forma rígida. Serán experimentales en el sentido de que estarán sometidas a la observación constante y nutrida de las consecuencias que conllevan cuando se aplican, y sometidas a una revisión pronta y flexible a la luz de las consecuencias observadas. (Dewey, 2004b, p. 166).

Ahora bien, si toda política social debe ser tratada como un plan o hipótesis que debe ser puesto a prueba, este plan o hipótesis no debe ser elegido por el edicto de un papa, *Führer* o líder adorado, sino mediante el proceso deliberativo que se lleva a cabo en el seno de la sociedad democrática, no solo a través de los medios de comunicación, sino también, en las relaciones cara a cara que se dan entre los ciudadanos en el contexto de las comunidades locales (p. 173). De esta manera, el éxito de la política que se ha ejecutado también debe determinarse mediante los informes que faciliten aquellos miembros de la comunidad que se han visto afectados con los resultados del experimento. Si una comunidad es democrática, sus miembros no deben ser manipulados desde arriba; el principio orientador de la inteligencia debe ser el que determine la planificación continua de la sociedad y las acciones de los individuos que la constituyen (Feinberg, 1992, p. 170).

El desarrollo de un experimento social en el contexto de la democracia supone el uso activo de la inteligencia, pero esta no es algo que se tenga en la mente, no es una posesión individual que se tiene de antemano y de una vez para siempre, tampoco se entiende como una facultad o una capacidad que poseen unos pocos para comprender lo que ha sucedido (Dewey, 1996, pp. 99-100). Entonces ¿cómo entender en este contexto la inteligencia?

Para Dewey, la inteligencia es el método o modo de proceder de una comunidad el cual tiene como fin solucionar las dificultades que se presentan de la manera más inteligente posible y en un proceso de cooperación autocorrectivo, y para ello se requiere del “ejercicio de la duda, el rigor del razonamiento y la molestia de someter a prueba sus descubrimientos y afirmaciones” (Pineda, 2012, p. 305). Como método (Dewey, 1996, p. 89), la inteligencia supone una serie de procesos que

corresponden a las operaciones de la experiencia reflexiva y la investigación. Mediante este método se busca la disposición o reorganización de todos los elementos de la situación actual y de aquellos que se encuentran presentes en experiencias pasadas y que pueden ser útiles para esclarecer o superar el problema que sugiere la actual situación. Pero en nuestro autor el esclarecimiento no es suficiente si no se ponen a prueba la conclusión respecto al orden y las conexiones que se identificaron entre los diferentes elementos que están presentes en la situación. Esto sugiere la posterior búsqueda de conexiones y relaciones de la conclusión y un plan de acción con respecto a sus consecuencias.

